Relatos eróticos

María Alarcón

Relatos Eróticos

María Alarcón

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2024
© María Alarcón, 2024

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-07-9
IBIC: FP
DEPÓSITO LEGAL: XM-23790-2024

A quienes me inspiraron a dejar en palabras
actos tan hermosos.

Gracias a quienes vieron en mi obra algo especial
y me animaron a compartirme.

AL ESTILO CHESTERFIELD

Se acercaba el verano y ya empezábamos a disfrutar del calor. Me tomé la cerveza que Santi me trajo como si fuera agua. Me gustaba el sofá marrón estilo chesterfield de su salón, lucía bien y era cómodo.

Lo veo venir desde la cocina con algo para picar y me quedo un momento viendo cómo se marca su bíceps cuando apoya el plato sobre la mesa ratona. Siempre me gustaron los bíceps de los hombres, en su justa medida, que sean trabajados pero con

aspecto natural. Me ponen, me calienta agarrarlos con las manos.

Santi se sienta a mi lado y me mira con una mezcla de deseo y ternura. Le devuelvo una sonrisa y le miro los labios. Él me acaricia la cintura y con un movimiento firme pero gentil me acerca hacia él y comienza a besarme. Esa es otra cosa que me pone, sentir en mi cuerpo las manos grandes de un hombre con tacto fuerte, me hace sentir que saben lo que quieren y que van a por ello. No hay duda, solo deseo, tacto y acción.

Si bien sus labios parecen ser finos, detrás de su barba canosa, cuando me besa se sienten carnosos. Me mete la lengua en la boca y me recorre por dentro. Nos besamos con esa serenidad que la vida nos enseñó que nos regala los mejores besos. Comenzamos a acercarnos y sentimos nuestros torsos juntos. Siento su respiración agitarse, junto con la mía.

Cada tanto me sorprende con un mordisco en el labio inferior y me dispara una corriente eléctrica por el cuerpo. Me acerco a su cuello y lo beso con la boca entreabierta. Recorro con mi nariz la parte detrás de su oreja, que huele tan rico. Inspiro profundo, para quedarme con todo el aroma posible grabado en el cerebro y lo suelto suavemente en su oído, mientras le muerdo el lóbulo.

Se aleja unos centímetros y me desabotona la camisa, para dejar al descubierto mis senos. Me los agarra con sus manos y los aprieta. Frunce el ceño, se nota que está caliente, le gusta tocarme las tetas. Se mete mi teta derecha en la boca y juega con mi pezón. Aun después de tantos años de tener sexo, me sigo sorprendiendo del momento preciso en el que siento que me mojo. Ese momento, que las chicas conocemos, en el que sientes que has despedido de tu cuerpo ese fluido calentito tan deseado por ambos.

Me siento sobre él y siento su pene erecto debajo del pantalón, rozándome el clítoris. Le agarro la cara entre mis manos y lo beso con pasión mientras meneo mi cadera presionando contra su pene. Mientras me saca la camisa yo le quito su remera, con movimientos algo bruscos, dada la impaciencia que tenemos por sentirnos los torsos desnudos juntos uno contra el otro.

Nos abrazamos, respirando fuerte, sintiéndonos con todos los sentidos posibles: tacto, gusto, oído, olfato y vista. Cada tanto me cruzo con sus ojos azules, dignos de una obra de arte y siento mi corazón latir distinto. Con la yema de mis dedos recorro su piel, suave y fina, que delata tener varias vueltas al sol.

Me levanto, le bajo el pantalón y comienzo a chupársela. ¡Cómo me gusta su sabor! Me la meto en la boca y juego con la lengua. Le rozo el frenillo, a veces más intenso

y a veces más suave. Subo y bajo mi cabeza en una danza coordinada con mis manos. Quiero usar todo lo que tengo a mi alcance para darle el mayor placer. Succiono un poco y con mi mano izquierda juego con sus testículos. El me agarra la oreja con fuerza, a veces un poco excesiva. Cuando ocurre, le rozo el brazo suavemente, en un gesto que ambos entendemos sin necesidad de hablar. Nos gusta esa complicidad… Me gusta esa complicidad…

Lo miro a los ojos, me levanto y él mete su mano entre mis piernas. Me corre la tanga y me toca con sus dedos. Se deslizan sin dificultad, me excitó chupársela y estoy muy caliente. Cuando me toca siento calor en el clítoris y me recorre por el cuerpo una sensación de energía con una pizca de ansiedad: quiero que me la meta ya. Me mete un dedo, a la vez que con la palma de la mano me roza los labios. Me encanta.

Antes de sacarme la tanga rosa de encaje doy un giro de 360 grados… quiero lucirla delante de él, ya que estoy de estreno. Sonrío. Él me hace un cumplido.

Le saco la poca ropa que le queda y me siento sobre él, metiendo su pene dentro mío. Lo siento grande. Me siente estrecha. Nos deseamos. Es muy intensa esa sensación que tenemos ambos cuando ocurre la primera penetración del encuentro. Esa que es suave, sentida, anhelada. Esa que se siente tan intensa que te hace fruncir el ceño y agarrar fuerte al otro. Esa que te acelera el corazón y te hace temblar un poco. Esa que te recuerda a la primera vez.

Me muevo hacia adelante y atrás, con un ritmo que no enseñan en ninguna escuela de baile, mientras él con sus manos grandes me agarra la cintura acoplándose a la danza. Expira hondo, con los ojos cerrados. Lo siento duro, me excita.

Me chupo los dedos mirándolo a los ojos; él ya sabe lo que quiero. Bajo mi mano y me acaricio el clítoris. Cuando muevo mi cadera hacia atrás, siento la presión que hace su pene desde dentro en mi punto G. En esos momentos hago más presión en mi clítoris.

Me abraza y al oído me dice: «Cómo me gusta cogerte. Me encantas». Lo abrazo con mis piernas y pegamos tanto nuestros cuerpos, que estorban la fusión que queremos conseguir. Sentimos el sudor de ambos mojar nuestros pechos. Sentimos nuestro olor. Respiramos con la boca abierta.

Él pone su pulgar de forma tal que cuando yo me muevo me roza el clítoris. Me excita mucho, lo siento venir. Es como si mi cuerpo ya me avisara que necesita descargar, que no puede sostener tanta intensidad. ¿Alguna vez te has preguntado cuánto placer eres capaz de soportar?

Nos movemos más rápido, nos miramos y me muerdo el labio. Cierro los ojos, tiro mi cabeza hacia atrás y lo siento salir. Siento una explosión que comienza en mi clítoris y sale desde mi vagina con placenteros espasmos. Le pongo voz a esa sensación y lo expreso con todo mi ser. A él lo pone mucho verme gemir.

Me mira y me pregunta: «¿Dónde lo quieres?» y le respondo con una sonrisa de costado «En la cola». Nos acomodamos de rodillas en el sofá, yo apoyo mis antebrazos en el respaldo y él me la mete por detrás. Me coge el pelo mientras me penetra y tira un poco de él. Yo estoy muy sensible después de mi orgasmo, y lo siento distinto. Vuelvo a excitarme y él siente la humedad. Lo vuelve loco y cuando no puede aguantarlo más, la saca y me deja todo su semen en la cola. Lo siento caer caliente en gotas por mis glúteos hasta mis muslos.

Me incorporo un poco y él me envuelve desde detrás con sus brazos, buscando mi boca. Nos besamos un rato. Bajamos pulsaciones. Nos sentimos. Nos besamos. Nos miramos. Nos besamos. Sonreímos. Nos besamos.

AL RITMO DE LOS RELÁMPAGOS

Hay gente con la que me entiendo muy bien de entrada. No sé si la ciencia lo respalda o si estoy diciendo tonterías pero me gusta imaginarme que por nuestra piel transmitimos ciertos químicos que son justo los que la otra persona puede (o prefiere) captar. Haber comido el mismo helado de palito rosa en nuestras infancias también ayuda a la conexión.

Juan tenía un carisma especial, es de esas personas sonrientes que siempre te hacen pasar un buen rato. Loco del fútbol, del asado y

del buen vino. Atento, servicial y, luego supe, un muy buen amante.

Ya nos conocíamos los cuerpos desnudos y decidimos repetir aquella noche, como dos viciosos queriendo volver a Katmandú. Llegamos a casa y nos sentamos en el sofá del balcón a disfrutar de la noche de verano. Estaba más fresco que de costumbre y había viento y muchas nubes, presagio de una posible lluvia.

Conversamos de mil temas, uno enlazado al siguiente. No deja de sorprenderme la habilidad que tiene Juan para contar un tema, irse por las ramas y luego volver a retomar el principal. Yo a esa altura de la noche, sólo podía concentrarme en sus labios.

Le comento que alguna vez he escrito algún cuento erótico y le pregunto si quiere que le lea uno, a lo que él afirma con una sonrisa. Elijo el que más me gusta y comienzo a leerlo. Hablo con tono bajo y suave, dando